

# PRESENTACIÓN

HÉCTOR-LEÓN MONCAYO S.

Un libro, que no es de un solo autor pero tampoco una simple o azarosa recopilación, requiere, más que ninguno otro, una presentación. Acaso una justificación. En este caso, por fortuna, la justificación brota fácilmente pues este libro tiene una historia o, mejor, una prehistoria. Todo empieza, años atrás, cuando en ILSA decidimos colaborar con las luchas de los trabajadores del SENA, organizados en Sindesena, poniendo en discusión, mediante una serie de talleres, el tema de la formación profesional (educación para el trabajo), en relación con los efectos previsibles sobre la economía, de la firma de un Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos. Para ello se contó con la participación de un grupo de profesores y estudiantes de la Universidad Nacional. Esta actividad arrojó como resultado, entre otros, la necesidad de responder a la crítica situación del SENA con un diagnóstico de profundidad y con una seria y rigurosa propuesta alternativa. Todo ello como parte de la acción que venía, y viene, adelantando Sindesena en defensa de la institución y del derecho a la capacitación que tiene la juventud trabajadora de Colombia.

Esta reacción, inicialmente defensiva, por parte de los trabajadores, era del todo legítima. Las amenazas ya se habían materializado en las sucesivas medidas que se tomaban en desarrollo del programa neoliberal y como parte de las recomendaciones del Banco Mundial, pero adquirían ya un carácter francamente abominable con el sesgo neopopulista y corrupto del gobierno de Uribe Vélez. De los intentos de reforma, privatización y “tercerización”, de la institución, originalmente pública, de formación profesional, se pasaba a la descomposición pura y simple que ha representado su utilización en beneficio del clientelismo. Pero no es del caso detenernos aquí en el análisis específico de este proceso; lo importante es destacar el conjunto de problemas que el mismo nos planteó en el campo de la investigación.

El horizonte de nuestras preocupaciones estaba marcado por la necesidad expresa de formular propuestas alternativas. No obstante, ante el doble riesgo de permanecer en la defensa del pasado o de refugiarnos en la fantasía a golpes de voluntarismo, había que establecer lo que se pudiera considerar como las condiciones de posibilidad de tales propuestas. Es verdad que el capitalismo, en la escala mundial, en nuestro continente y en Colombia, ha sufrido profundos cambios. De hecho, las propuestas neoliberales de reforma de la educación se han justificado precisamente como una respuesta a esos cambios. Pero no podíamos tampoco hincarnos de rodillas ante ellos. No hay lógica del capital o leyes férreas de la historia que escapen de la influencia de los resultados del conflicto social. De hecho, en América Latina, nuevas combinaciones políticas y nuevos gobiernos han logrado en mayor o menor grado abandonar el dogma neoliberal que se concebía como el único posible en los nuevos tiempos del capital. En esa medida, la discusión sobre opciones, algo que puede parecer imposible y hasta absurdo en Colombia, es cosa de todos los días en otros países, y de ahí que no fuera impertinente intentar el ejercicio, a condición, claro está, de partir de un reconocimiento cabal de la naturaleza de las transformaciones.

En efecto, como es sabido, la creación de instituciones educativas de carácter público, encargadas de la formación profesional de los trabajadores especialmente para la industria manufacturera, fue una política generalizada en toda América Latina hacia mediados del siglo XX. Correspondía al auge de las políticas desarrollistas. Hacia finales de los años 80, en todo el subcontinente –en Colombia en forma menos acentuada– tal política comienza a perder importancia junto con el declive de la concepción desarrollista. La estrategia de instituciones públicas cede su lugar a la idea de que las propias empresas se encarguen de la formación o de la diversificación de la oferta educativa, proponiéndoles una significativa participación a entes privados. Era la sugerencia, incluso de la Cepal, en 1990. Más recientemente, el Banco Mundial presenta en el mismo sentido una idea mucho más elaborada. Pero no sobra decir que esta transformación ha contado con la oposición de prácticamente todos los trabajadores organizados.

Para interpretar este proceso, podemos recurrir a un esquema simplificado que por cierto aquí se discute en extenso pero que por el momento resulta útil. Al modelo “desarrollista” en América Latina y en general en la periferia, en los países del centro correspondería el fordismo y sus correspondientes régimen de acumulación y modo de regulación. Naturalmente, no se nos escapa que para algunos este régimen

quizá tenga un carácter mundial, con lo cual se debiera hablar más bien de fordismo periférico. La precisión, sin embargo, es innecesaria; lo cierto es que el tipo de educación aludido anteriormente se ajusta a una opción capitalista que, con todas las limitaciones estudiadas ampliamente (¿dependencia?), de todos modos tiene como eje la industrialización bajo el esquema de producción en masa y la organización científica del trabajo (Ford-Taylor).

En ese orden de ideas, la transición a un régimen de acumulación flexible, en condiciones de posfordismo, conllevaría un nuevo tipo de educación profesional, verdadera revolución si se acoge la tesis de que no se trata de una simple superación del fordismo sino de una nueva etapa del capitalismo (cognitivo) donde se destaca la primacía del trabajo inmaterial. Esta es la base de las nuevas propuestas de educación, que engloben un replanteamiento de lo que antes se llamaba formación profesional o formación para el trabajo. De ahí surge la preocupación que se puede convertir en eje de nuestros objetivos de investigación: ¿Cuál es la naturaleza del mundo del trabajo en la época contemporánea? La base indiscutible que antecede a cualquier indagación sobre la naturaleza de la educación que hoy se propone desde el capital y sobre las posibles alternativas. Y va más allá porque nos informa sobre la insurgencia de nuevas subjetividades sociales, a la vez condiciones sociales y políticas de tales alternativas.

No obstante, nuestra preocupación tiene que ver también con las opciones en un país como Colombia. Al respecto, muchas de las aproximaciones coinciden en señalar una ruptura con la tentación de las analogías. El hecho crucial de los últimos 20 años es la “globalización”. Desde ese punto de vista, lo que se encuentra en la periferia es una coexistencia de modos de producción según la cual aquí también, en los fragmentos decisivos de la estructura económica, no sólo se desenvuelve un nuevo régimen de acumulación sino que además se trata del mismo régimen, ahora con carácter directamente mundial. Es probable que lo que se llama financiarización de la economía mundial, de ser aceptado como rasgo fundamental, lleve —junto con la erosión indiscutible de los Estados nacionales— a corroborar esta primera impresión. En consecuencia, ni para el tema de la educación ni para ninguno otro tendrá sentido plantearse las “especificidades” de la periferia.

Con todo, el asunto de las especificidades continuaba asaltándonos en nuestros análisis. Desde otras vertientes, precisamente a partir de las discusiones sobre el nuevo orden normativo mundial que emerge con la OMC (y los múltiples TLC), el énfasis se pone de nuevo en la noción de división internacional del trabajo. No pocos subrayan, para

muchos países de América Latina, de África y hasta de Asia, los procesos de reprimarización de sus economías, acordes con una reinsertión en el mercado mundial. El alza de los precios de los commodities (incluidos en este caso los combustibles) lo confirma como la perspectiva natural de la periferia. En este sentido, el abandono de la industrialización como objetivo del desarrollo dejaría de explicarse por un salto cualitativo y representaría más bien un retorno al siglo XIX. La hipertrofia del sector terciario (incluidos servicios), contrariamente a lo que postulan los apologistas neoliberales, no es un índice de modernización sino todo lo contrario. Hay que tener en cuenta que aquí esta definición encubre numerosas actividades arcaicas o de ‘rebusque’ constitutivas del mayor porcentaje del valor aportado por dicho sector en las cuentas nacionales. De otro lado, es claro que en un país como éste la innovación tecnológica no es un proceso endógeno sino que supone, en el mejor de los casos, procesos de transferencia (o importación) de tecnología y hasta de know how, de modo que el componente “investigación y desarrollo”, que se resalta en las llamadas “sociedades del conocimiento”, cumple un papel completamente subordinado si es que cumple alguno. Otras serán entonces las implicaciones para la educación.

La consideración anterior ubica, entonces, las alternativas en el plano de la política. Aunque suene trivial, una propuesta de educación supone una perspectiva económica y social también alternativa. ¿Un nuevo modelo de desarrollo? No se nos escapa que la propia noción de desarrollo ha sido discutida y en muchos sentidos abandonada. Desde una perspectiva radical, puede decirse que se trata de romper con el capitalismo. Pero no en la forma como se razonaba esta ruptura durante el siglo XX. La resistencia social, al igual que el pensamiento crítico, han incorporado ya dimensiones ecológicas, culturales, étnicas, de género y otras que apuntan a la refundación del orden civilizatorio. En este orden de ideas, lo único que se puede adelantar es que cualquier tipo de alternativas en América Latina se tendrá que ubicar en una dinámica de transición. Este es un ámbito de reflexiones que, desde luego, rebasa ampliamente los propósitos de nuestra investigación. Por el momento, los resultados alcanzados se limitan a organizar los elementos básicos que permitan una adecuada formulación del problema.

Los ensayos incluidos en este libro abordan temas distintos pero complementarios; temas que se articulan gracias al hilo conductor que se acaba de indicar. Giran, en cierto modo, en torno al mismo objeto de estudio: las transformaciones contemporáneas del mundo del trabajo. No obstante, parten de enfoques diferentes y llegan incluso a apuestas

conclusiones; es más, discuten entre sí, aunque de manera implícita. Ello, como se sabe, no es un defecto sino, por el contrario, una virtud.

En el primero, D. Libreros ofrece una panorámica del capitalismo contemporáneo que tiene, además, la virtud de introducirnos en los conceptos básicos que van a reaparecer una y otra vez en el conjunto de los ensayos. De su enfoque conviene resaltar dos rasgos fundamentales. De una parte, aparece el mundo del trabajo, pero allí su transformación tiene que ver de modo definitivo con los resultados de las luchas de clases, en principio en torno a la tasa de explotación y la tasa de ganancia, pero también en el ámbito más amplio de la política; de la otra, y en estrecha relación con lo anterior, el desarrollo del capitalismo se aprecia en cierta forma como una reflexión sobre sus límites. Conduce, por tanto, a una caracterización de la crisis actual. En ese sentido, si bien es cierto que una parte de las transformaciones corresponde a una ofensiva del capital —el orden neoliberal—, desde el lado del trabajo lo más importante será examinar sus nuevas características a partir de su posible resistencia.

Como se deduce con facilidad, es claro que la definición de las características actuales del mundo del trabajo se encuentra estrechamente relacionada con el tipo de periodización que se establezca para la historia del capitalismo. V.M. Moncayo aborda justo este tema en el segundo ensayo. La conclusión es categórica: estamos en presencia de una nueva fase por completo distinta de las anteriores. Siguiendo una de las corrientes más importantes del pensamiento contemporáneo, recoge la división en tres fases: capitalismo mercantil, capitalismo industrial y capitalismo cognitivo. En ese sentido, aunque otras periodizaciones (fordismo) pueden tener cierta utilidad, se debe entender que estamos en presencia de una gran transformación, comparable sólo con la que ocurrió con el advenimiento de la gran industria y que Marx describió como el paso de la subordinación formal a la subordinación real del trabajo al capital. En sus comienzos, el capitalismo cognitivo es una realidad tan nueva y específica que la mayoría de las incomprensiones, incluso en la literatura marxista, proviene justamente de la subestimación de la magnitud de esta transformación. Para los efectos de nuestro análisis, las implicaciones son obvias, ya que por definición esta etapa se caracteriza por una nueva forma (tendencial) de intervención del trabajo vivo en la organización productiva. Al análisis detallado de esta nueva forma, sus determinantes y sus consecuencias, que desemboca en una precisión sobre las características de la relación capital-trabajo en el capitalismo cognitivo, se dedica el conjunto de este ensayo. Sugiere dos implicaciones que en cierta forma dejan planteados los temas de los siguientes artículos: una tiene que ver

con la educación o la formación de la nueva fuerza de trabajo que, en su perspectiva, significa también una radical transformación de sus presupuestos y sus fines; la otra alude a las implicaciones territoriales de lo que se pudiera llamar división cognitiva del trabajo.

La primera de estas últimas implicaciones es abordada por R. Quevedo y M. Agudelo en el siguiente artículo. La metodología es aquí muy diferente. Dado que las transformaciones o, por lo menos, la propuesta de transformación, en las formas de la educación —o formación para el trabajo— parece ser algo generalmente aceptado, el análisis se desarrolla más bien como una crítica de las teorías, provenientes casi siempre de la vertiente neoclásica de la economía, que pretenden sustentar tal propuesta. Estas teorías, cabe señalarlo, se presentan también como análisis de las transformaciones actuales de la economía capitalista. Las autoras consideran en particular el enfoque del desarrollo endógeno y del capital humano. La crítica, de algún modo, parte del hecho, puesto aquí para la discusión, de que lo característico del actual mundo del trabajo, más que en la transformación de los procesos productivos, consiste en la flexibilización laboral y contractual y, en ciertos contextos, la promoción del trabajo por cuenta propia o la microempresa. Es decir, como parte de la ofensiva neoliberal que pretende construir el “modelo de mercado”. Una vez establecido este hecho, las teorías mencionadas se observan bajo una luz diferente; aparecen como construcciones ideológicas, encaminadas a justificar cierta política. La noción hoy revitalizada de “competencias” laborales se encamina más que todo al apuntalamiento de los fines impuestos por el actual mercado de trabajo, es decir, la “empleabilidad” y el “emprendimiento”. Fácil es concluir el profundo significado político que adquiere este discurso en el contexto de América Latina. Se pudiera decir que aquí, más que en ninguna otra parte, deberá ponerse el énfasis, no en las mutaciones del proceso productivo sino en los cambios acaecidos en el mercado de trabajo.

En este orden de reflexiones, salta a la vista una de las mayores preocupaciones que estuvieron en el comienzo de nuestro esfuerzo, tal como se describió anteriormente. ¿Cuál es la validez o la pertinencia de esta problemática para analizar las condiciones del mundo del trabajo en países como los de América Latina?. El indiscutible punto de partida parece ser la noción de división del trabajo. Está en la base de toda la discusión sobre las transformaciones de la producción capitalista, como se ha visto hasta ahora; pero además, en su forma territorial, en la tradición de la economía política, ha sido el principio de explicación de la estructura mundial del capitalismo. En el ensayo “¿Existe una nueva división internacional del trabajo?” hemos querido abordar este punto desde una crítica a dicha tradición.

Un camino hasta cierto punto obvio sería derivar las formas de la división internacional de las existentes en el proceso productivo. En este sentido, si se acepta como nueva realidad el capitalismo cognitivo —con sus respectivas formas, en este caso cognitivas, de división del trabajo—, también se encontraría una división cognitiva internacional, sobre todo teniendo en cuenta, como ya se ha señalado, que estas nuevas formas son por definición territoriales y no dentro de la fábrica, figura que por cierto habría periclitado. Es ésta la hipótesis que se discute. Para ello, sin embargo, era necesario reubicar y replantear la propia noción de división internacional del trabajo en un enfoque de la producción del espacio por parte del capital; asimismo, echar una mirada sobre los hechos que caracterizan la estructura y la dinámica actuales del capitalismo mundial, con especial énfasis en la ubicación de América Latina. Una de las conclusiones más importantes se refiere al hecho de que no es posible entender esta estructura por fuera de la historia, y en particular de las confrontaciones geopolíticas.

El ensayo de A. Zerda, que cierra este volumen, entra en sintonía con esta última afirmación, y recoge, por así decirlo, el desafío de la formulación de alternativas. Aun aceptando que la fase actual del capitalismo se caracteriza por ser de cierta manera intensiva en conocimiento, con predominio del trabajo inmaterial, lo cierto es que, examinado en su realidad mundial, no hay proceso espontáneo alguno de difusión geográfica de tales formas cognitivas. Por el contrario, aun en el mejor de los casos, ya que no se detiene en otras formas de la división internacional del trabajo que son objeto del ensayo comentado antes, la verdad es que el capitalismo contemporáneo plantea rígidas formas de división entre los países, que excluyen a la periferia del componente que se denomina “investigación y desarrollo”. Esto que llamamos “tecnología” está sujeto a la apropiación privada por parte de las grandes empresas multinacionales; no fluye ni se transfiere de manera simple sino que se comercializa en el mercado. En tal sentido, la alteración de esta división internacional del trabajo, y por ende la adopción de otro camino de desarrollo, sólo puede ser el resultado de una acción deliberada, de una decisión política. La exploración de esta posibilidad es el objetivo último de su reflexión.

En el recorrido que hemos hecho, de manera ciertamente superficial pero inevitable, por los contenidos de los ensayos aquí incluidos, se resaltan la continuidad y la complementariedad, pero es evidente que quedan muchos temas descubiertos, aparte de notorias contradicciones. En alguna forma se le deja al lector la tarea de llenar vacíos, de establecer conexiones y de sacar sus propias conclusiones. Se invita a darle a la reflexión una forma política. Si este libro contribuye a establecer

las premisas conceptuales necesarias para abordar la cuestión de las alternativas, que era la motivación inicial, habrá cumplido su cometido. Además, muchos de estos temas ignorados son a la vez otros tantos interrogantes. Ocioso sería señalarlos. Pero hay uno que los resume todos: ¿Cuáles son las nuevas subjetividades sociales que resultan de todas estas transformaciones? ¿Los sujetos sociales que, desde el mundo del trabajo, pueden llevar a cabo las rupturas históricas cruciales del siglo XXI? Sin embargo, aunque el interrogante sigue siendo legítimo en la esfera del pensamiento, estamos convencidos de que las respuestas solo aparecerán en el ámbito terrenal de la historia. Es por eso que este esfuerzo, así como ha nacido en un contexto restringido y coyuntural de la resistencia de los trabajadores, pretende retornar al mismo escenario, allí donde alienta la potencialidad. Falta mucho por hacer, incluso en el campo de la teoría, y seguiremos avanzando, pero aspiramos a que estas elaboraciones, difíciles sin duda y ciertamente inacabadas, se conviertan en punto de partida para otras investigaciones y sobre todo en acicate para el fortalecimiento de la voluntad emancipatoria.